

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

“Introducción: el problema”

p. 1-12

*El problema indoeuropeo*

Pedro Bosch-Gimpera

Mauricio Swadesh (apéndice)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Historia

1960

XIX + 388 p.

Figuras y cuadros

(Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie 45)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/051/problema\\_indoeuropeo.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/051/problema_indoeuropeo.html)

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



# I

## INTRODUCCION: EL PROBLEMA



El problema de la formación de los pueblos es uno de los más importantes objetivos de la investigación histórica y ha sido abordado desde antiguo, a la vez por historiadores —en el sentido estricto de la palabra—, por lingüistas, arqueólogos y antropólogos físicos. Indudablemente cuando estos distintos tipos de investigadores llegan a resultados coincidentes puede decirse que se ha seguido un camino adecuado. Cuando los resultados son divergentes hay alguna falla en el método de la investigación y es preciso revisar el trabajo hecho.

El problema se plantea en todas partes, en Europa, en el Oriente próximo, en el Asia central, en el extremo Oriente, en América. La experiencia realizada en cualquiera de esas regiones del mundo es interesante para todas las demás, y especialmente lo es la realizada con los pueblos indoeuropeos, acaso una de las primeras realizadas y continuadas desde el siglo pasado hasta hoy en día. Desde el punto de vista metodológico es también de las más aleccionadoras.

Desde que *Bopp* en su primer trabajo (1816)<sup>1</sup> reconoció el parentesco de las distintas lenguas llamadas indoeuropeas de Europa y de Asia, se llegó pronto a identificarlas con pueblos conocidos que han desempeñado importante papel histórico y que son los antepasados de muchos pueblos actuales o que han intervenido en su formación.

Se planteó pronto también el problema de sus migraciones y de su origen y se creyó poder postular un pueblo indoeuropeo primitivo (el “*Urvolk*” de los investigadores alemanes) que vivió en una patria originaria (“*Urheimat*”) que se suponía generalmente en Asia, y habló una lengua originaria (“*Ursprache*”) de la que derivarían dialectos origen de las lenguas indoeuropeas históricas.

Igualmente, a través del acervo común lingüístico se reconsti-

<sup>1</sup> Martínez del Río, 1953; Meillet, 1934; Krahe, 1953; Thieme, 1953.



tuía la primitiva cultura indoeuropea que Schrader <sup>2</sup> creía formada en la estepa del sur de Rusia y los arqueólogos trataban de identificarla con determinadas culturas neolíticas del interior de Europa, ya que no había palabra común para el bronce y que las lenguas atestiguaban la práctica general de la agricultura ya antes de la separación de los distintos pueblos, y que, no teniendo tampoco palabra común para el mar, debían proceder de regiones interiores. Los arqueólogos buscaban el origen de los indoeuropeos alternativamente en las tierras fértiles de Ucrania y el Danubio, en el norte de Europa o en las estepas al este del Don.<sup>3</sup> Y los antropólogos llegaron a identificar los primitivos indoeuropeos con la raza nórdica, dolicocefala y rubia, de la que había representantes en todas las regiones ocupadas por indoeuropeos, incluso en la India.<sup>4</sup> De acuerdo con las tendencias del siglo XIX, de imaginar el desarrollo de los pueblos como el de las familias a través de un árbol genealógico —lo que parecían confirmar las tradiciones de algunos pueblos: los hijos de Hellen, antepasados de las tribus griegas; el Mannus, antepasado de las germánicas; la organización gentilicia griega y romana; los clanes célticos —se formó un árbol genealógico de los indoeuropeos y de sus lenguas (la “Stammbaumtheorie” de Schleicher, 1861).<sup>5</sup> Del primitivo tronco indoeuropeo se formaban otros dos, representados por los grupos de lenguas para los que se tomaba como símbolo su manera de formar la palabra *ciento*: las lenguas y pueblos *satem*, con los indoeuropeos orientales (indos, iraníes, balto-eslavos), y las lenguas y pueblos *centum*, con los occidentales (griegos, italo-celtas, germanos), a cuyos grupos se incorporaban, no siempre en la misma forma, los pueblos intermedios, como los ilirios, tracios, etc. J. Schmidt <sup>6</sup> mostró que la propagación de los fenómenos lingüísticos no correspondía siempre a las direcciones del árbol genealógico y que seguían caminos que, a veces, se cortaban entre sí, como las olas del mar forman círculos concéntricos que al extenderse desde su centro de formación se cruzan con los que parten desde distintos puntos, llegando unos muy lejos, mientras otros quedan anulados en la mitad de su camino: esto

<sup>2</sup> Schrader, 1890; Schrader, 1911.

<sup>3</sup> Ver la bibliografía citada en la parte correspondiente.

<sup>4</sup> Reche, 1936; Günther, 1934; Günther, 1935; Nordischer Ring, 1936.

<sup>5</sup> Schleicher, 1859; Schleicher, 1861-62.

<sup>6</sup> Schmidt, J., 1872.

era la “Wellentheorie” o teoría de las ondas lingüísticas, en la que se comprueba que fenómenos que partían de grupos *centum* llegan a grupos *satem*, o viceversa, y persisten a veces en lenguas muy distantes, habiéndose borrado en las zonas intermedias. La teoría del árbol genealógico criticada ya por H. Schuchhardt, era creída también imposible por H. Paul.<sup>6 bis</sup>

Otros lingüistas más modernos dan menos importancia a la diferencia entre lenguas *satem* y *centum*, y hacen una agrupación basada en los verbos pasivos y deponentes en *-r-*, entre los que se incluyen el hetita, el tocario, el frigio, el itálico y el céltico.

Luego han venido a complicar el problema lingüístico el reconocimiento de los mestizajes de lenguas, la desaparición de algunas de ellas en pueblos que han acabado por adoptar otras, los préstamos de unas a otras en relación con los contactos de vecindad y de comercio y la comunicación normal de sus pueblos, así como la propagación de palabras correspondientes a determinadas creaciones o aportaciones culturales que se difunden al mismo tiempo que ellas, la persistencia de elementos de lenguas anteriores desaparecidas en la toponimia o en palabras aisladas (el substrato), etc.

Mientras ciertas diferenciaciones llegan a cristalizar muy pronto en algunos grupos lingüísticos, otros grupos permanecen en un estado confuso en que la diferenciación no cristaliza todavía y en que puede tomar distintos caminos, como en un estado flúido no cuajado aún, la “*fließende Zustand*”, como la ha llamado Krahe<sup>7</sup> a propósito de la evolución de las lenguas indoeuropeas del centro de Europa en el segundo milenario, cuando, en cambio, ya parecen haber cristalizado las lenguas griegas o, en el grupo oriental *satem*, el idioma védico. En muchos lugares de Europa se reconocía un substrato preindoeuropeo, y en Grecia, desde mucho tiempo se identificaban con él ciertos sufijos (*-ss-*, *-tt-*, *-nth-*: Knossos, Lykabettos, Tyrinthos) en nombres de lugar o en otras palabras que han pasado al griego (por ejemplo: *asaminthos*),<sup>8</sup> aunque Kretschmer luego identificó dichos sufijos con una rama paralela del indoeuropeo primitivo, en la que incluía a los etruscos que habrían sido un pueblo de origen europeo.<sup>9</sup> En el germano, lo mismo que en los idiomas

<sup>6 bis</sup> Paul, 1920, p. 42-43.

<sup>7</sup> Krahe, 1954; Krahe, 1957.

<sup>8</sup> Fick, 1905.

<sup>9</sup> Kretschmer, 1940-43.

balto-eslavos, parece reconocerse un elemento finlandés, y se discute el problema de las relaciones de las lenguas indoeuropeas con las fino-ugrias y uralo-altaicas (Trombetti, Lewy, Uhlenbeck, Collinder),<sup>10</sup> con las camito-semíticas (Schott), con el proto-altaico (P. Schmidt)<sup>11</sup>, con el sumerio (P. Schmidt, Autran)<sup>12</sup> y con otras.

Todo esto ha venido siendo un serio obstáculo para consolidar la aceptación de la teoría del árbol genealógico. Por otra parte, era difícil reducir las culturas neo-eneolíticas de Europa —en donde se buscaba ya generalmente el pueblo indoeuropeo primitivo, descartado el origen asiático, reflejo de la desmesurada antigüedad atribuida a los hindúes— a una unidad, y ni Schrader logró probar el origen danubiano-pónico de todos,<sup>13</sup> ni Kossinna el nórdico,<sup>14</sup> y, por el contrario, el conocimiento del neolítico europeo muestra desde un principio una gran variedad de cultura, aun dentro del círculo de las que pueden considerarse como pertenecientes a los antepasados de pueblos indoeuropeos.

Peor fue el fracaso de la antropología.

El tipo nórdico no era el único, y los restos antropológicos neolíticos correspondían a una gran variedad de tipos que se encuentran frecuentemente juntos en una misma cultura o en un mismo pueblo. Ninguno podía identificarse con una raza general indoeuropea y menos el tipo nórdico con una “raza de señores” (“Herrenrasse”), como quiso el nazismo, que hubiesen propagado los movimientos de los indoeuropeos o “arios”,<sup>15</sup> como se les llamaba generalizando la denominación que sólo puede emplearse como primitiva de los indo-iranios. Incluso se llegó por G. Sergi<sup>16</sup> a creer que los verdaderos indoeuropeos eran los braquicéfalos morenos alpinos. Además, estamos muy lejos de tener clara la dinámica de la formación de los tipos antropológicos en el momento de gestarse los pueblos indo-

<sup>10</sup> Trombetti, 1905; Lewy, 1942; Uhlenbeck, 1933; Collinder, 1934 a; Collinder, 1934 b.

<sup>11</sup> Camito-semíticas: Vendryès-Benveniste, 1952, p. 3; Schott, 1936. — Protoaltaico: Schmidt, W., 1946.

<sup>12</sup> Schott, 1936; Schmidt, W., 1946; Autran, 1925.

<sup>13</sup> Schrader, lugares citados.

<sup>14</sup> Kossinna, 1909-10.

<sup>15</sup> Para la historia del racismo en relación con los “arios” ver Comas, 1957, p. 179-186, y Hawkins, 1935.

<sup>16</sup> Sergi, 1895.



Europeos, y —no pareciendo ya que pueda hablarse de tipos puros inmutables— es difícil saber cuál elemento racial en cada uno de los pueblos es el más representativo y el que más contribuyó a su cristalización étnica.

Ni podemos identificar los conceptos de lengua y pueblo, ni los de raza y pueblo. La lengua es un elemento de la cultura que a veces logra arraigar en un pueblo y constituye uno de sus rasgos esenciales; pero que otras veces se le impone o lo adopta, siendo de naturaleza muy distinta del pueblo de que procede. Los normandos adoptaron el francés y no por ello dejaron de ser un pueblo germánico de naturaleza distinta del francés y más afín de los sajones, y, a pesar de los elementos de origen latino del inglés, no podemos dejar de filiar como anglosajones a los ingleses, así como no consideraríamos como españoles a los otomís o a los zapotecas que hablan español, y entre los cuales algunos grupos han perdido por completo su idioma propio. Y, en la raza, ya sabemos que los celtas han sido identificados unas veces con los braquicéfalos de raza auvernesa (Broca), y otras, con los dolicocefalos rubios. O bien, ahora, nos parece infantil la busca de tipos rubios entre los grandes hombres de la historia para demostrar que todos los valores de la civilización se deben a los indoeuropeos: recuérdense los retratos de Dante y de otros eminentes literatos y artistas en ciertos libros de antropología, así como los extravíos de los antropólogos nazis que condujeron a los experimentos realizados durante la segunda guerra mundial con las mujeres rubias de Polonia. De los antropólogos, Reche<sup>17</sup> creía ya poder reconocer la raza nórdica en el auriñaciense, con precedentes en las razas dolicocefalas de Combe Capelle y Brno. La “raza” nórdica, que iba a ser la capa superior de la población europea y de los territorios por donde se extendió (la “Herrenschicht” o capa de señores), es la creadora y difusora de la lengua indogermana y del comportamiento (“Gesittung”) indoeuropeo. Los pueblos primitivos de dichos lugares (“Urbbevölkerung”) toman la lengua de los dominadores, y es lo único que queda de éstos cuando descuidan el cuidado de la pureza racial (“Rassenpflege”). Así los indogermanos actuales conservan a menudo la herencia lingüística (“Sprachenerbe”), pero no la de la san-

<sup>17</sup> Reche, 1936.



gre (“Bluterbe”). Para los pueblos germánicos amenaza, según Günther, ahora la misma fatalidad, si no emprenden un viraje (“Umkehr”) y no practican la higiene racial. “La Alemania nacionalsocialista —dice Günther— ya empezó a emprender dicho viraje” (“hat diese Umkehr bereits begonnen”). “Esperemos que los demás pueblos germánicos lleguen a semejante comprensión (“Einsicht”) bien pronto, para no sufrir el destino que cayó sobre sus parientes de lengua y sangre en tiempos anteriores.”<sup>18</sup> Amables consejos dirigidos a los daneses, noruegos, suecos e ingleses, reforzados luego con la acción de los ejércitos y bombas nazis, de la Gestapo y de los Quislings, que tales pueblos no se decidieron a seguir, por lo que sin duda se precipitarán en una terrible decadencia.

Por el momento prescindamos del problema antropológico. No creemos todavía que el material permita conclusiones satisfactorias. En todo caso, en las culturas neo-eneolíticas de Europa no es posible adscribir determinados tipos humanos a determinadas culturas y, por lo tanto, es ocioso tratar de buscar la raza indoeuropea. El mecanismo de la mezcla de razas no es todavía lo suficientemente claro para que pueda ayudarnos en la solución de nuestro problema.

Uno de los últimos antropólogos que ha estudiado los restos humanos del neolítico del Centro de Europa, escribe: “En el estado actual de nuestros conocimientos es imposible escribir una historia racial de la antigua Europa que pueda ser esencialmente otra cosa que un conglomerado de atrevimientos teoréticos... Las generalizaciones optimistas de los pasados decenios... cayeron por lo tanto bastante frecuentemente en la tentación de prescindir de las grandes lagunas existentes en nuestro conocimiento (Gerhardt).”<sup>19</sup>

En cuanto a la lingüística en relación con los distintos pueblos cuya presencia en la Prehistoria o la Protohistoria europea pueda comprobarse, de momento apuntemos que en la primera mitad del segundo milenario parece seguro que existían ya lenguas *centum* y lenguas *satem*. La de los hetitas —que se muestra en los textos de Boghas-köi y que se hablaba en la ciudad de Kanesh— parece indoeuropea y *centum*, así como relacionada con el grupo italo-céltico. Asimismo, en Grecia, la de los aqueos, que desarrollaron la cultura

<sup>18</sup> Nordischer Ring, 1936, p. 340.

<sup>19</sup> Gerhardt, 1943-50. Un estudio de conjunto lo ha intentado Kóska, 1958.



micénica y de cuya lengua quedan en época histórica los dialectos eolio, arcadio y chipriota —este último con rasgos más arcaicos que los demás—, todos ellos *centum*.

A una época muy antigua debe remontarse el parecido de las lenguas itálicas arcaicas, *centum* —en especial del protolatino<sup>20</sup> con el aqueo y con la lengua de los tocarios, también *centum*, o por lo menos con elementos de ese carácter—, aunque el tocario lo conocemos por textos muy posteriores, los documentos del Asia central en la Edad Media.

La separación del aqueo —en Grecia desde los primeros siglos del segundo milenario— del latín y del tocario, indicaría que itálicos arcaicos, aqueos y tocarios —lo mismo que los hetitas de Kanesh— habrían vivido relativamente cerca unos de otros, en la transición del tercero al segundo milenios. ¿Dónde? Por la dirección de los movimientos que les llevaron a ocupar sus domicilios históricos parecería que habrían salido de las regiones situadas entre la cuenca media del Danubio, el Egeo septentrional y el mar Negro. Su situación respectiva allí dependería del origen de las culturas relacionables con sus orígenes y de la manera como se conciba su formación étnica.

En cuanto a la lengua de los tocarios, a pesar de que sus monumentos son muy tardíos, su carácter arcaizante y su parentesco con el aqueo y el itálico arcaico hacen pensar que, sea cual sea el momento en que los tocarios llegaron al Asia central, su punto de partida debió estar en una zona próxima a la de aquellas otras lenguas *centum*.

Las demás lenguas *centum* —celta, germano, ilirio— no aparecen históricamente hasta más tarde y su problema es el de sus pueblos, debiéndose resolver de acuerdo con la manera como se conciba la formación de esos últimos.

El grupo *satem*, comprende las lenguas indoeuropeas de la India, las iránicas propiamente dichas que hablaron los medopersas, las de los pueblos que se incluyen en un sentido más amplio entre los iránicos —escitas, sármatas, traco-frigios, armenios— y las baltoslavas. De los pueblos de estas últimas, los primeros informes seguros que poseemos a través de la geografía clásica no pasan de los

<sup>20</sup> Para las lenguas itálicas y los demás grupos indoeuropeos ver la bibliografía citada más adelante.



alrededores de la época de J. C., aunque se han identificado con pueblos eslavos los neuros de Herodoto que parecen haber vivido detrás de los pueblos escíticos en el interior de Ucrania.

Los medo-persas entran en el horizonte histórico en los primeros siglos del primer milenario antes de nuestra Era, en la región del lago de Urmia en el Azerbaidján, los escitas también por entonces; pero desde principios del segundo milenario sabemos de la existencia de lenguas emparentadas con las de los indos o con las medopersas

Efectivamente, en los primeros siglos de aquél, los cassitas —que acababan apoderándose de Babilonia y proceden de más al este del Zagro— tienen nombres y otros elementos de cultura emparentados con los indo-iranios, así como en el siglo xvi se infiltran en la alta Mesopotamia los mitani, de los cuales los nombres de los reyes (Artatama, Shaushatar) tienen un carácter iranio, llamando a su aristocracia guerrera “marjannu” (marya en sánscrito: joven héroe) y figurando entre sus dioses Indra, Varuna, Mithra, los Nasatja, así como en uno de sus textos —el *Tratado de la doma de caballos*, de Kikuli de Mitanni— hay términos técnicos parecidos a los que conocemos por el sánscrito. Los indos, por su parte, dejaron restos hasta la época del imperio asirio de los Sargónidas en la región de Ecbatana, en Media —el principado de Ramateja, nombre que se compara con el de un personaje védico, lo que hace suponer un punto de partida al noroeste del Irán para su expansión hacia la India, a donde no parecen haber llegado antes de 1200-1000. Todo ello indicaría que el hogar de los indo-iranios —que se dieron el nombre conjunto de “arios”, formando durante mucho tiempo un solo grupo— ya se hallaba entre el Cáucaso y el Zargo poco después de 2000, a. de J. C., y que su diferenciación tuvo lugar en época relativamente tardía, posiblemente en los últimos siglos del segundo milenario a. de J. C.<sup>21</sup>

Esta parece ser la base histórica más antigua sobre la que hay que operar para discutir el problema del origen y primeros domicilios de los indoeuropeos, como cosa previa para plantear el problema del origen de sus lenguas. Sólo la arqueología puede, en efecto, ayudarnos a la solución, y para ello hay que tener en cuenta la situación de las culturas neo-eneolíticas de Europa en la segunda

<sup>21</sup> Bosch-Gimpera, 1947-51.



mitad del tercer milenario, a. de J. C., pues forzosamente de sus hogares salieron los primeros pueblos indoeuropeos que, como hemos visto, aparecen en el horizonte histórico a principios del segundo milenario. Solamente cuando se hayan filiado como indoeuropeas determinadas culturas neo-eneolíticas podrá verse si es posible o no asignar un origen único a los pueblos indoeuropeos.

